

Y su decir, exacto, sin barroquismos, revalida los méritos expresivos de una lengua, a veces maltratada por escritores sin conciencia lingüística.

Se ha dicho que las personas buscan la tristeza. Pero suelen quedarse en los umbrales de la melancolía. Y entonces el escritor que narra esos hechos, si no ha comprendido el auténtico destino de sus personajes, se inclina a una delicuescente compasión.

Mimí Garfias, con sumo tacto, evita esos peligros. Sus héroes, medrosos, verídicos, porque saben medir la intensidad de su propio miedo, respiran, sienten el golpe de la sangre, son ellos, en sí y para los demás.

Nicomedes Guzmán ha dicho de esta narradora que, en sus creaciones, llegan a fundirse "el vigor del estilo de Marta Brunet y la sutileza introspectiva de María Luisa Bombal".

VICENTE MENGOD.

<https://doi.org/10.29393/At408-76TDCS10076>

Tiempo y Destiempo, de FRANCISCA OSSANDÓN

El gran poeta y académico Vicente Aleixandre me ha escrito una nueva carta desde su retiro matritense. Me dice en un párrafo de su carta: "Ha estado a verme una compatriota suya, la poetisa Francisca Ossandón. Qué momento más grato he pasado con esta hermosa dama extraordinaria. Ha publicado en Madrid un libro maduro y profundo, de poesía muy personal". He sonreído al leer la carta del poeta más grande de España, del maestro de varias generaciones, del camarada de García Lorca, Alberti, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, y de todos esos poetas que han sido encuadrados en la celeberrima generación del 20 al 36 y que por la obra hecha, puede competir por la influencia desplegada en las letras hispanoamericanas, con la generación del 98.

He sonreído y me he figurado el cuadro. El gran poeta Vicente Aleixandre, sentado en una silla playera, frente al jardín de su casa en la calle Velingtonia, de la barriada de Cuatro Caminos y desde donde se puede contemplar la Ciudad Universitaria y mirar la barriada de Arguellas. El poeta habrá estado sonriente, brillándole los ojos claros y bañando sus pupilas en la belleza y el talento de Francisca Ossandón, que habrá reído continuamente, ya que su risa es algo que sabe entregar con generosidad, risa que tiene el sortilegio de hacer olvidar al que la oye todas las preocupaciones. Vicente Aleixandre le habrá pedido a nuestra poetisa que le lea poemas de su nuevo libro. Ella lo habrá hecho con su voz cantarina y el poeta habrá sentido de improviso que América lo visitaba y que esta mujer tenía "angel" para la poesía y para seducir a todo el que la conoce. Siempre uno el nombre de Francisca Ossandón con Madrid y por eso me ha gustado que Vicente Aleixandre me hable de ella. Allí la conocí, cuando servía funciones de Agregado Cultural en 1958. Me la presentaba la distancia, mi gran amigo, el poeta Humberto Díaz Casanueva, quien me decía más o menos, que me presentaba una gran poetisa y una mujer que tenía algo de celestial en su personalidad. Pude comprobarlo. Francisca Ossandón es como un río que baña con presteza y éxito las llanuras

más desérticas. Su contacto poético y humano no tiene parigual y todo lo que canta en su poesía, lo tiene en su recia personalidad.

Ha publicado con éxito varios libros de poemas: "Humo Lento", "La mano abierta al rayo", "El Don Oscuro" y "Tiempo de Estar". La crítica ha dicho que se trata de una escritora que ofrece una poesía con personalidad, donde está presente una gran cultura filosófica. Hay hondura y gran dramatismo en todo lo que ha hecho y sólo una sensibilidad como la que tiene, ha podido captar el mundo del hombre y cantar la alegría y el dolor con exactitud. Su verso libre es tan perfecto en algunos momentos que parece poesía tradicional y clásica. España editó por todos estos atributos su nuevo libro "Tiempo y Destiempo". Es una obra que hay que leer con lentitud, a media voz. El lector encuentra mucho de sus intimidades en la poesía de Francisca Ossandón. Cumple entonces con el deber que tiene todo poeta: ser intérprete de los pueblos, vaticinar y producir "visiones", que produzcan emoción.

Veamos algo de lo que dice la poetisa:

"Apago mis esencias. Encierro sombras
en la torre de la risa.
Aislada, pródiga, la poesía.
Las demás que yo soy, mas tangibles,
duermen. Así
es la muerte interior menos densa,
y la exterior más llena de vidrio
remontado".

Sus metáforas están ceñidas a grandes verdades. Ellas penetran en nuestra epidermis síquica y gracias a su voz ingresamos a territorios bellamente soñados. Tiene poemas donde ella se ha vertido íntegramente. Hay en esos momentos como una congoja interior, un grito temblando y pidiendo horizontes anhelados. Escuchémosla cantar en su poema "Tránsito del Ser", que es uno de los más logrados del libro que comentamos:

"Vivo
dispersa en designaciones
selladas.
Oh, agonía
de la arena, oh, sombra
contra mi cuerpo.
La angustia se desvanece
en brazos de los brazos.
Sé de un lentísimo futuro".

Mezcla lo objetivo y lo subjetivo de la vida y entonces su protesta adquiere tonalidades definitivas. Hay una filosofía profunda en todo lo que escribe, pero llena de humanidad y de poesía, pues, de lo contrario, su universo poético no

tendría la resonancia que tiene. En el mismo poema del cual hemos citado un fragmento, expresa:

“¡Escúchame, oh, amor! Escucha
este hueco.
Dame un pan ardido.
¡Junto al río, oh, urgencia!
¡Junto al viento, oh, mártir!
Entonces,
acumulando el ser,
lloro sobre larvas”.

En el tiempo que vivimos hacer poesía es un acto heroico. Chile ha producido grandes mujeres que con éxito cultivan la poesía. Pero muy pocas que tengan recia personalidad y practiquen el pensamiento de Kant: “Beberás en tu copa de tosco vidrio o de fino cristal. ¡Pero tuya!”. Francisca Ossandón está entre las mujeres poetas y ha llegado a esta situación magnífica buscándose a sí misma, tentando el camino hacia la cima, sorteando escollos y haciendo una simbiosis entre poesía escrita y poesía vivida. Por eso me gusta escribir de ella y señalarla como una de las voces más representativas de la lírica americana.

CARLOS SÁNDER.

Regazo amargo, de LUIS MERINO REYES. (2ª edición, Zig-Zag, 1964)

Rezagados en la playa no nos asusta la soledad. Las bacanales de espuma se irisan al sol de marzo y es una pirotécnia deslumbrante la que se ofrece a nuestros ojos. Además, ninguno de los libros que hemos traído para acompañar nuestras horas de recogimiento ha traicionado nuestra fe. Son ellos los amigos, los más leales ya que en sus páginas nos brindan, desinteresadamente, el picante goce de la aventura, el sabroso recuento de un viaje, el suave efluvio de un romance feliz o a manera de aguafuertes humanas la descarnada historia de seres que apuran su vida como un licor que les embriaga los sentidos y que actúan al compás de su propio desequilibrio espiritual movidos por la mano maestra del novelista. A este último grupo pertenece la novela de Luis Merino Reyes que terminamos de leer. Ella fue galardoneada en el Concurso que organizó la Empresa Editora Zig-Zag en 1955, con ocasión de su Cin-cuentenario, con el primer premio. Alone, que era uno de los miembros del Jurado, se refiere a este libro diciendo: “Desde luego hay una corriente vital indefinida; un impulso que comienza y no se detiene, desde el principio hasta el final; se toca algo vivo, palpitante, real y hallamos, al menos, en parte, la justificación del título, profundamente amargo; con un continuo gusto a ceniza”.

Francisco, héroe oscuro de esta tragedia ciudadana y cotidiana se aparta